

Córdoba, la del silencio y la poesía.

Córdoba, la del silencio. Hecha de poesía, de nostalgia. Materia sin tiempo, toda alma, sentimiento. Hasta la Mezquita, si logramos olvidar por un momento la inoportuna iglesia gótica de su interior, es pura poesía, un canto de columnas que se desprenden ingravidas en busca de la armonía celeste. Aunque también está la Córdoba moderna y pujante, de amplias avenidas, coquetos jardines y bullangueros cafés. Pero era la otra la que mis ojos y mi espíritu perseguían, la del rico y dominador pasado, la que hoy calla y se recoge, la que cantó García Lorca. No es tarea fácil descubrir a la “Córdoba lejana y sola” del poeta, y más difícil es aún llegar a sentirla, vibrar con ella en una misma comunión de sentimientos, de recuerdos. Se necesita disponer de tiempo y por lo general el viajero pasa por Córdoba apurado, se instala en un hotel cercano a la Plaza José Antonio, corre a la Mezquita y, entre el discurrir apresurado por las calles Saavedra y Céspedes, aspira el perfume de algún jazmín que se desprende de los balcones, se extasía luego ante la profusión de columnas del templo musulmán, regresa con igual premura, almuerza y sigue su forzado itinerario hacia Sevilla.

Además de tiempo es preciso que las alas de la imaginación emprendan el vuelo hacia el pasado, y entonces sí el corazón se abre para recibir el mensaje de la Córdoba milenaria: la fenicia-capital de los túrdulos- sólo rescatada en algunos restos de idolillos; la romana y patricia, aún viva en la piedra y en el carácter cordobeses; y sobre todo la califal, la poderosa ciudad del emirato, residencia de reyes árabes y cristianos. Esta vieja Córdoba “romana y mora”, como dijo Machado, pervive todavía, pero para sentir su latido es necesario ir hacia ella sin prisa, conquistarla poco a poco, a través de la reja florida, de la plazuela recóndita en donde los faroles juegan con la noche, del rasgueo de las guitarras que en las numerosas y señoriales tabernas acompañan el canto sentencioso de la “soleá”, o el montañés, amoroso y pastoril, de las “serranas”.

Muros blancos, rejas y flores.

Salí al encuentro de esa Córdoba sin un plan, dispuesta a dejarme llevar por el acaso, pero firme en mi propósito de escapar a la agitación de la ciudad nueva; como única guía, las calles estrechas-entre cuyos guijarros a veces asoma tímida la hierba- y la blancura de los muros cortada por hileras de rejas entre cuyos barrotes, premiosos por ganar la luz y el aire, se cuelan geranios, jazmines, damas de noche. Era primavera y, aunque un cielo plomizo pretendía desmentirlo, allí estaban la pequeña calle Comedias y otra más reducida aún- apenas unos metros- con sus paredes enjabelgadas y tapizadas de tiestos, en un derroche de verdes, blancos y rojos. Pregunté el nombre al único paseante que en ese momento transitaba bajo los arcos que hermanan las casas de uno y otro lado de la callecita y, como no podía ser de otro modo, recibí esta respuesta: Las Flores.

Minúscula, silenciosa calle de Las Flores que se cierra sorpresivamente, apenas se ha abierto, con uno de esos característicos rincones cordobeses de encanto muy andaluz: un arco, una fuente con una curiosa columna griega en el centro y la fragancia de las enredaderas que visten la cal de los muros. Me lamenté al principio por la ausencia del sol, pero cuando la lluvia comenzó a caer, mansa, sobre las hojas hasta entonces sucias, a resbalar, tierna, sobre la enredadera que tapiza la pared del fondo acicalando sus ramas, y a golpear sobre las piedras con ritmo acompasado, me regocijé: el verde y rojo

de los tiestos y el blanco de las paredes adquirieron un brillo de fiesta y la plazoleta, limpia y quieta, era en ese instante un retazo de la ciudad que me pertenecía, que sólo existía para mi deleite.

Al volver los ojos hacia atrás, una perspectiva imprevista: la torre de la Mezquita. Sobre el primitivo alminar de Abderramán III y sobre los balconillos y pequeñas pirámides de la construcción cristiana, aleteaba un rayo de sol. Y yo también como todos, como un turista más, desandé la calleja de Las Flores para marchar a la Mezquita .

Simbiosis de dos cultos: la Mezquita-Catedral.

Ya de nuevo en la calle Comedias algo me detuvo curiosa-después habría de observar que esos rastros de devoción tradicional son bastante frecuentes en Córdoba: un retablo, protegido por una ligera techumbre y delicadas verjas, donde se expone a la devoción popular, rodeada de faroles, una Asunción, nada menos que de Romero de Torres. El folclore ha recogido esta muestra de fervor en una airosa copla:

“Al pasar el caño Gordo,
le he ‘rezao’ por mis amores
a esa Virgen tan gitana
que hay ‘rodeaita’ de faroles”.

Me dejé vencer por esta tierna expresión de religiosidad andaluza y, aunque sin el gracejo con que ellos saben hacerlo, le eché un parrafito a la Virgen de los Faroles. Unos pasos y ya estaba frente al viejo muro almenado de la Mezquita-Catedral en el que se abre, primorosa de arabescos, la Puerta del Perdón. Pero antes de entrar por ella-nada me apuraba- fui rodeando el rectángulo sacro e intentando familiarizarme con él, como cuando acudimos por vez primera a una casa importante y antes de entrar nos detenemos en la verja, la estudiamos, observamos las ventanas, tratando de que el encuentro con lo desconocido no nos sobrecoja demasiado. Allí fueron las puertas las que fijaron mi atención: aunque restauradas, en su mayoría mantienen la misma traza-con algunos agregados propios de los estilos dominantes en las épocas de reconstrucción- de la Portada de San Esteban, la única que se conserva del siglo VIII, cuando Abd Er Rahman I inició la fábrica del edificio musulmán sobre el emplazamiento de una basílica visigótica. Avatares del tiempo y de la permanente lucha del hombre por sus ideales: con el correr de los siglos la cristiandad habría de vengarse de aquel ultraje erigiendo, en el centro mismo de lo que ya era un magnífico templo de diecinueve naves, una iglesia gótica, más alta aún, que destrozó la armonía arquitectónica de su bosque de columnas.

Por fin me decidí a trasponer la Puerta el Perdón y me recibió un patio sencillo, no sé si riante porque el sol todavía se recataba, pero sí luminoso, acogedor pese a su escueta simplicidad: coloridos naranjos, esbeltas palmeras y cantarinas fuentes, el clásico Shan de las mezquitas. Ya en el interior, una verdadera selva de columnas y arcos me dejó por un instante anonadada, casi perdida en ese laberinto de jaspes y mármoles que bañaba una luz irreal, penumbrosa.

Después del primer deslumbramiento comencé a deambular por las naves, y los fustes, a medida que avanzaba bajo la doble arquería, parecían multiplicarse rematados en una caprichosa variedad de capiteles romanos, visigóticos, árabes. Era sin duda como internarse en un bosque, sólo que en éste los árboles, nobilísimos, destellan en irisaciones multicolores. Los arcos de herradura de pronto se tornan coquetos, gráciles, casi diría femeninos, y rompen su franjeada severidad roja y amarilla en un triple y hasta quíntuple juego de curvas airosas, profusamente acicaladas: son los arcos lobulados de la época de Alhaquén II, que despliegan toda su magnificencia oriental en la arquería del Mihrab, maravilloso canto de cisne de la arquitectura califal. Oratorio

musulmán, en él alardea el arte de la yesería y su complicado diseño de lacerías, estilizaciones de flores y versículos del Corán, junto al lujo deslumbrante de los mosaicos bizantino-califales.

Córdoba en el ocaso.

No sé cuánto tiempo estuve allí, vagando entre la foresta mágica de la mezquita, pero cuando salí el sol era un inmenso disco de oro y ni la más leve nubecita turbaba ya el añil del cielo. Detrás del viejo muro, el puente que une la ciudad con su barriada del Campo de la Verdad brillaba, húmedo todavía, bajo los rayos del sol poniente, y las aguas del Guadalquivir, que corren bajo sus arcos romanos, se iban tornando violetas. Comencé a atravesarlo y al llegar a su término, desde la enorme fortaleza árabe de la Calahorra que era un ascua viva, contemplé a Córdoba en el ocaso: otra vez la torre y la cúpula de la Mezquita-Catedral y, hacia el oeste, las murallas con sus redondos torreones que emergían, púrpuras, entre los frutales y el musgo de la Huerta del Alcázar. Las islas cubiertas de verbenas y adelfas, las presas por las que centelleaba el agua espumosa, y los viejos molinos, se iban durmiendo lentamente en el blando sosiego de uno de los más bellos atardeceres que la vida me ha brindado.

Era hora de regresar al hotel y mientras lo hacía, pausadamente, por la Alameda del Corregidor, eché un vistazo a los jardines del Alcázar en cuyas albercas se espejaban ya las primeras estrellas. Esa noche, en una de las tabernas cuyo nombre se me ha olvidado, un gentil matrimonio cordobés me esperaba para hacerme paladear el oloroso vino de Montilla y un típico plato lugareño: liebre con salmorejo, exquisita salsa reveladora de la influencia culinaria oriental.

La judería y los patios cordobeses.

No demasiado temprano porque el vinillo surtió sus efectos soporíferos y me levanté cuando el sol golpeaba ya la cama, comencé mi deambular por la judería, el barrio que albergó a los judíos-entre ellos al gran pensador Maimónides- hasta su expulsión en el siglo XV. Quería remontar el tiempo, desandar siglos y por eso, aunque haciendo un rodeo innecesario-que me deparó la sorpresa de una sucesión de alegres patios en la calle Sánchez de Feria- me llegué hasta la Puerta de Almodóvar, la Bab-Yend del siglo X o Puerta de los Judíos, y por allí hice mi entrada en el barrio de limpias y estrechas calles empedradas y casas de una modesta blancura pero ricas en flores, rejas, patios. El sol ponía reverberos en la castidad de los muros y, a través de las rejas, los patios mostraban el variado juego geométrico que el sol y las hojas dibujaban sobre las baldosas o la piedra. Caminar sin prisa, bebiendo cada gota de luz, arropada por un silencio algodonoso-los chiquillos, únicos alborotadores en estas calles estrechas donde no circulan vehículos, estaban en la escuela- es un gozo que pocas ciudades deparan; y si todo eso se combina con el perfume que regalan limoneros y jazmines, se explica que uno quiera detener el tiempo, olvidar que las horas corren y... hasta que se sientan vehementes impulsos de aplastar el reloj-eterno tirano- contra la acera.

De la otrora fastuosa Sinagoga que encontré a mi paso, no quedan sino una arquitectura casi desnuda, algunos deliciosos adornos de yesería mudéjar y el breve tabernáculo donde se guardaban las "toras". La sinuosa y secreta callecita de Averroes, de un innegable carácter árabe, y la Plaza de las Bulas con el Museo Taurino y el Zoco anejo, con hermosos patios andaluces, me depararon nuevos motivos de sorpresa e interés. El patio es en Córdoba una institución y precisamente en primavera se celebra el Festival de los Patios Cordobeses. Empedrado, con una fuente o una palmera en el centro, a veces un pozo lateral con un brocal cubierto de macetas, recibe los más exquisitos cuidados de sus moradores; por eso cada patio, sencillo u opulento,

simplemente enalado o enriquecido con los alardes arquitectónicos de una galería con arcos, columnas y capiteles, es un regocijo para los ojos y un remanso para el espíritu.

La Córdoba del Quijote.

Era ya pasado el mediodía y como mi vagabundeo durante la tarde tenía como meta- bajo la inspiración de Cervantes- la famosa plaza del Potro, abandoné, no sin pena, las calles de la judería y, como el trecho a recorrer era largo, hice un alto cerca de la plaza de Páez, esta vez para satisfacer el estómago. Éste también reclamaba sus derechos al goce y debí reconocérselos: bastaron una tortilla paisana y un pastel de hojaldre y sidra que me sugirió el dueño de la taberna, por su auténtico sello cordobés.

Mientras el Museo Arqueológico instalado en la casa de Jerónimo Páez-cuya portada de estilo italiano entreveía desde mi mesa- me tentaba con la riqueza artística que, me habían dicho, allí se conserva, hice un balance de mi tiempo y el resultado fue desechar cerámicas, platería, azulejos y demás primores del arte árabe y mudéjar, y lanzarme, ebria de sol, nuevamente a las calles empedradas. Un leve escarceo hacia la calleja de los Arcos para rendir culto a la leyenda que vincula con ellos el trágico episodio de los Infantes de Lara cuyas cabezas, según la historiografía musulmana, estuvieron expuestas en los históricos arcos y, en tres minutos, estaba ya en uno de los más típicos lugares del siglo XVI: la Plaza del Potro.

¿Conservaría aún las trazas de aquella que se describe en el Quijote, punto de reunión de campesinos y arrieros, como lo fueron también el Zocodover en Toledo y el Azoguejo en Sevilla? En lugar del tráfico de ganado llenaban ahora la plaza los gritos de los chiquillos y el ir y venir de los esparteros que llevaban su mercancía a la cercana Plaza de la Corredera, antiguo lugar de cita de truhanes y pícaros y hoy centro de reunión de vendedores ambulantes. Ante mi atónita mirada, allí estaban, como antaño, la fuente del Potro y, hacia un costado, la ancestral Posada de patio rectangular dominado por un balconaje de baranda de madera. El Pórtico del antiguo Hospital hoy forma parte del Museo de Bellas Artes, que decidí visitar sólo para recorrer la sala de Romero de Torres, aunque allí se guardan estimables lienzos de Murillo, Zurbarán y otros famosos pintores. Un amigo ocasional, entusiasta como buen cordobés de aquel pintor “con aire de gran torero”, según reza la copla, me sirvió de guía. Al conjuro de sus palabras y sobre todo del alma que en ellas ponía, pude captar yo también la poesía del paisaje cordobés, el espíritu de sus mujeres indígenas y hasta el latido del cante que comunican los cuadros de Romero de Torres.

El barrio de los toreros.

Mi amigo, que en nada desmentía su estirpe cordobesa, se empeñó en llevarme al barrio de Santa Marina, “semillero de toreros, picadores, banderilleros y cuna de algunos de los maestros más ilustres de ese arte: Lagartijo el Viejo, y Guerrita”, me explicaba con orgullo. Y naturalmente no pudimos dejar de rendir el culto de nuestra visita al monumento de Manolete, en la Plaza de la Lagunilla, pues aunque el llorado torero no fue hijo del barrio, allí se crió y formó. A poca distancia levanta su estampa cargada de misterio la Torre de la Malmuerta, erigida en época de Enrique III de Castilla y aureolada con la leyenda del caballero que, por haber matado a su mujer a impulsos de celos infundados, debió costear la construcción.

La Iglesia de Santa Marina es, según me dijo mi acompañante, la más hermosa de la ciudad-juicio al que sólo pude asentir porque hasta el momento no había visitado ninguna- y en verdad que el conjunto tiene fuerza y gallardía a la vez, con sus ábsides poligonales, sus portadas románicas y los ventanales góticos. Pero yo prefería a las

visitas de interiores, el deambular por las calles y plazoletas cargadas de tradiciones, densas de una atmósfera humana peculiar: toreros y “cantaores”. No lejos, me asaltó una vez más la frescura del patio andaluz-con cierta mezcla toscana- y multiplicado en catorce recintos abiertos a la contemplación del viajero que quiere gozar de sus fuentes, la gracia de las estatuas y el perfume de una pompa floral cargada de colores y arrullos: era la casa de Don Gome, residencia de los señores de Vilaseca. Estaba cayendo la tarde y el cielo se había tornado plomizo. Debía abandonar a mi cordial compañero de vagabundeo y retornar.

Cuando ya creía que nada podía sorprenderme en esa Córdoba que se me había entregado con el recato de una dama pudorosa, de recatado encantos, se abrió a mi paso la plaza más sugestiva-más bien rincón por lo recogida- de cuantas allí conocí: hacia el fondo, un Cristo que, desde lo alto de la Cruz, dobla la cabeza para mirar al caminante y cuyo cuerpo tomaba una descarnada transparencia bajo la luz de los faroles que ya encendidos serpenteaban a su alrededor. En el otro extremo, la fachada del Convento de los Capuchinos y al costado, la sencillez alba del Hospital de San Jacinto. El conjunto, bajo la menuda llovizna que hacía temblar la luz de los faroles sobre el Cristo y duplicaba su dolorida imagen en un charquito del tosco empedrado, resultaba sobrecogedoramente místico. Córdoba era allí una plegaria, un corazón abierto a la paz celestial, la “escondida senda” de Fray Luis de León que yo tenía la fortuna de haber hallado en ese instante. Aunque la lluvia empezaba a espesarse, un algo misterioso, ultraterreno, me retenía en la Plaza de los Dolores-nombre cargado de sugerencia- y sólo cuando advertí que las ropas se me pegaban al cuerpo, volví a la realidad y apresuré el paso hacia el hotel.

La serranía cordobesa: otra vez el encuentro de dos mundos

Campaña y sierra son el marco natural de esta ciudad “romana y mora” que ha conservado el gusto por las huertas y el “chalet”, tan latino y tan árabe a la vez. Montes frondosos, de pinares umbríos, encinas y almendros, cubren las faldas de las colinas, y en las cumbres, numerosas ermitas continúan las viejas tradiciones monásticas de los mozárabes del Califato. Pero en lugar de tomar rumbo hacia el eremitorio-porque ahora sí el tiempo me obligaba a optar- elegí la ruta a Medina Azahara.

Hacia el norte, el gris azulado de los montes justificaba su nombre de Sierra Morena. Marchamos-el matrimonio cordobés me regalaba este paseo inesperado- hacia la parte occidental de la sierra donde Abderramán III, entre olivos y encinas, erigió un famoso Alcázar. ¿En honor de Zahara (Flor), su esposa favorita, o por razones político-militares? Aunque la historiografía parece confirmar la última hipótesis, mi fantasía prefería la primera, y a ella debí apelar continuamente, porque de la vasta ciudad palatina poblada por más de doce mil personas, y cuyo esplendor fue la admiración de toda la reyecía contemporánea, sólo encontré un montón de ruinas en vías de reconstrucción; y, como es habitual en estos casos, una serie de vitrinas en donde juiciosamente descansan ánforas, monedas, fragmentos ornamentales, en el desesperante y marchito encierro de un museo que intenta, vanamente, recrear la imagen de lo que invasiones y tiempo barrieron de su escenario natural-quizá para siempre-. Bastante decepcionada ante la cruda realidad de un ensueño hecho polvo o museo arqueológico, dejé vagar la vista por la serranía que me devolvió, con su salvaje verdor, un soplo de optimismo.

Después del viaje a Medina-Zahara, pocas horas me quedaban de permanencia en Córdoba y advertí que, extrañamente, no había incluido ninguna iglesia en mis itinerarios por la ciudad. Sin embargo no podía abandonar a Córdoba sin retornar al barrio de la judería, a la callecita de Las Flores o a la plazoleta de los Dolores que me

habían ganado el alma para siempre, y deseché la visita de las iglesias. Esa noche la luna era una gran moneda blanca y, en el silencio profundo que envolvía las casas, dormidas por dentro pero fantasmalmente vivas en la macilenta claridad lunar de sus muros, el violento rasgido de una guitarra quebró el aire como una saeta. Entonces rememoré aquellos versos de García Lorca: “En la casa se defienden / de las estrellas. / La noche se derrumba. / Dentro, hay una niña muerta / con una rosa encarnada / oculta en la cabellera. / Seis ruseñores la lloran / en la reja. / Las gentes van suspirando / con las guitarras abiertas”. Era la Córdoba “lejana y sola”, la de la poesía y el ensueño y yo, feliz mortal, la había descubierto... o quizá inventado.